

Hace mucho tiempo, en un viejo caserón del centro de la ciudad, vivían un tendero y una tendera. En la planta baja tenían la tienda de comestibles, y en el primer piso las habitaciones de dormir. En la buhardilla vivía realquilado un estudiante. El tendero era regordete y «paticorto», y más bien silencioso. La tendera, rechoncha y airosa, ¡tenía una lengua...! En la casa también vivía yo, Pébili, el más travieso de los duendes. ¿Sabéis alguna cosa de los duendes?

Pues ahora os hablaré de ellos: tenéis que saber que en todo caserón vive un duende. Él es quien mancha y agrieta las paredes, quien hace crujir las vigas y rechinar las visagras. Es quien en la cocina vuelca la harina dentro del tarro del azúcar y reblandece las galletas. También es quien se come la miel y el chocolate, quien quema las tostadas y pone agria la mermelada. De noche, funde las bombillas y hace cosquillas a los que duermen, y, de día, comete infinidad de travesuras inocentes: esparce tufo a cerrado por toda la casa, empaña los cristales de las gafas o desluce los espejos...



